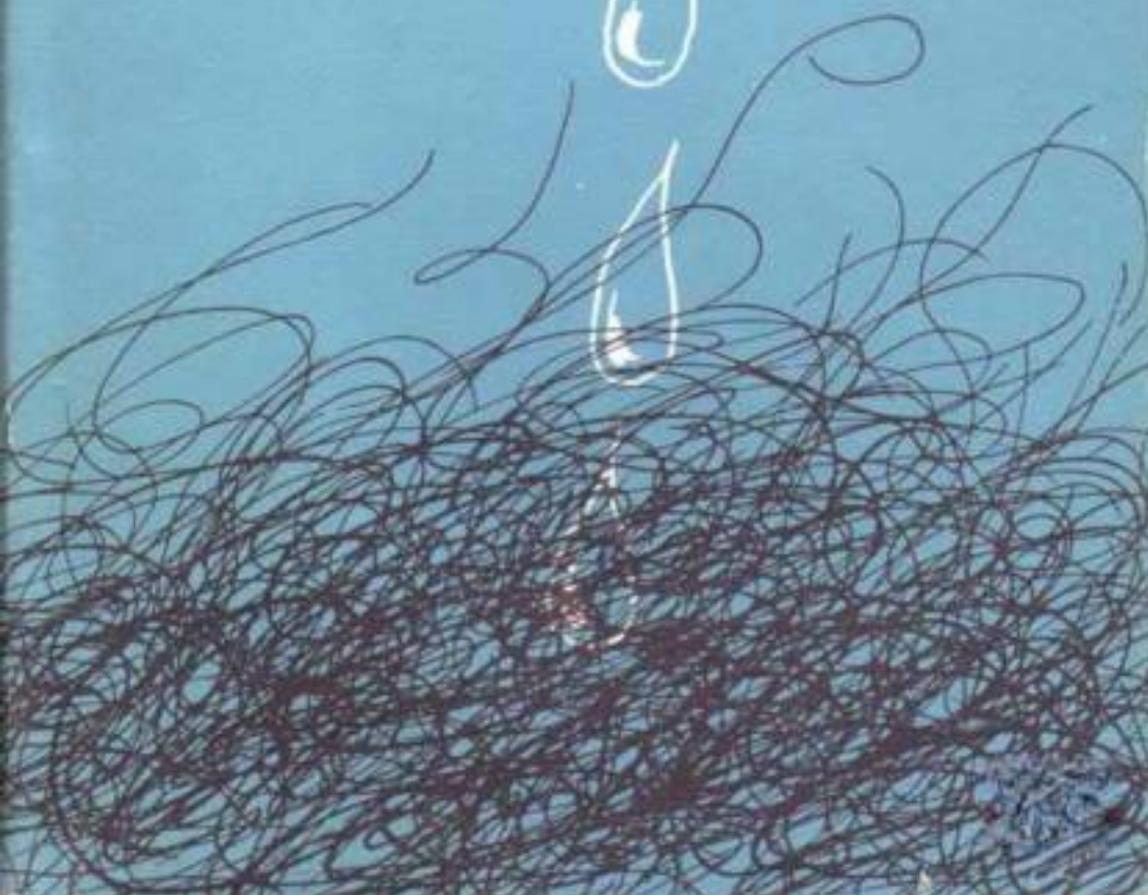


# El Mechudo y la Llorona

Ramón J.  
Sender



Novela ambientadas en un fondo hispanoamericano, en el marco cronológico de principios del siglo XIX. El Mechudo y la Llorona —nombres tomados del folclore mexicano— son dos personajes misteriosos y fantásticos, enamorados entre sí, que viven en la bahía de la Paz, en la Baja California, y a los que creen haber visto los habitantes de una pequeña aldea donde se encuentra una misión jesuita, que exige de los indios una perla diaria para la Virgen, y un manicomio cuyos locos andan sueltos al quedar abandonado por sus administradores por falta de suministros. Entre estos «locos» destaca Heinde, personaje de intrigante procedencia, enamorado de Loreta, la hija de una mujer y un delfín.

Mezcla de fantasía y realidad, la novela sorprende por su gran carga de imaginación y una vez más nos revela las dotes literarias de este escritor.

*A Florence y Eduardo Talamantes*

## Índice

- I. Primeras y fidelísimas noticias del Mechudo
- II. El capitán y la Cooperativa
- III. Sospechas de rivalidad y canciones
- IV. Más sobre Heinde
- V. Limpieza del sol y de la noche
- VI. La pavana y el gallino
- VII. Misterios naturales y hechizos
- VIII. El ahorcado y los mártires
- IX. Desaparecen Loreta y el Heinde
- X. El astillero y la caverna
- XI. La creación sin norte
- XII. El delfín Mr. Audubon

## I. Primeras y fidelísimas noticias del Mechudo

Aunque la misión de los dominicos no pasaba de ser un modesto monasterio de dos plantas con líneas barrocas y del color gris de las rocas del basamento natural en las que se asentaba, los indios veían en aquel edificio un ejemplo milagroso del poder humano. No era para menos.

Los frailes enseñaban la doctrina cristiana a los indios y un poco más arriba, la compañía francesa minera explotaba el cobre haciendo trabajar a los indios que extraían el mineral y lo transportaban a los embarcaderos a lomos de mula o en sus propias espaldas a las que habían adaptado un ligero arnés y un capacho de cuero, o de esparto trenzado. Esta era la parte dura de la vida de los indios que recibían un pequeño jornal y cuando les pagaban tenían que gastarlo comprando tortillas de maíz y chile en la tienda de la propia mina que llamaban Economato de Santa Rosalía.

Según costumbre de la época los mineros eran explotados dos veces, en su salario y en el consumo de víveres que la misma compañía minera controlaba.

En cuanto a la misión es sabido que todas las órdenes religiosas tratan de vivir «sobre el terreno», es decir de lograr autonomía económica con alguna clase de trabajo —enseñanza, artesanía india rentable u otros legítimos medios—, pero en el caso de aquella misión sucedía algo curioso: los indios iban por turno —tres cada día— a una caleta al extremo de la bahía de La Paz, entre la costa y la isla

de San José, a pescar perlas para la misión. La consigna religiosa era: «Una perlita diaria para la Virgen María».

Esa perla era el mínimo tributo exigido. Si llevaban dos o tres, mejor. Pero la Virgen debía tener al cabo del año por lo menos trescientas sesenta y cinco perlas. Habrá quien se escandalice, pero en realidad los padres jesuitas, que fueron los primeros misioneros de la Baja California, vivían tan pobremente como los indios y aquel tesoro de perlas que crecía cada día era enviado a algún lugar donde se convertía, según decían los misioneros a los administradores de las minas, en fondos de caridad o de cultura y educación.

Los dominicos seguían la costumbre establecida por los jesuitas.

No es de extrañar que los mineros franceses tuvieran la tentación diabólica de pescar perlas, también. Pero era una tarea difícil y peligrosa, que sólo entendían los indios, quienes no querían trabajar sino para los jesuitas porque estos los inmunizaban, antes de sumergirse en el agua, contra los poderes malignos de una pareja de vigilantes misteriosos: el Mechudo y la Llorona.

La Llorona y el Mechudo eran los guardianes providenciales de las perlas. Y amenazaban con fieros males a los que se atrevían a acercarse a aquellos lugares de día o de noche —ellos no dormían nunca— si no iban de antemano confesados, comulgados y autorizados por los misioneros. No habían sido inventados el Mechudo y la Llorona por los reverendos padres jesuitas. Estaban ya allí hacía tiempo, y el monte que se alzaba y se adentraba en aquella parte del mar se llamaba, desde antes de que llegaran, la Punta del Mechudo.

Así y todo algunos aventureros se atrevieron a intentar pescar perlas y el Mechudo desde la tierra firme y la Llorona desde la islita de San José los castigaron dura y cruelmente.

Según decían los mismos indios no había bromas con ellos.

Cuando comienza este relato era a mediados del siglo XIX, pero la colonia había sido establecida e incorporada a la corona de España mucho antes. Por cierto que el primer colonizador fue un jesuita, el padre Salvatierra, virtuoso, sabio, emprendedor, humilde y estudioso.

Aprendió los idiomas indígenas de las tribus más importantes, tradujo a ellos algunas oraciones y se las hizo aprender a los indios con no poca paciencia. Estos iban —hombres y mujeres— completamente en cueros y el primero que se vistió fue un indio jovencito a quien adoctrinaron para monaguillo.

El día de la fiesta de San Javier el monaguillo apareció en el umbral de la iglesia vestido con un sayal-sotanilla hasta el suelo. Fuera de la misión había una multitud de indios porque había circulado la noticia de que iban a repartir gratuitamente lo que ellos compraban en las minas: tortillas de maíz al estilo de Sonora, con su poquito de chile picante.

Cuando el monaguillo apareció en el atrio hubo una carcajada multitudinaria que duró más de una hora. Aquí terminaban y allá comenzaban otra vez. Nunca habían oído los frailes reír de aquella manera.

Entonces el monaguillo se desnudó y se fue con los suyos, avergonzado, completamente en cueros. Y las risas cesaron.

Pero el monaguillo tenía que comer algo y por la noche se acercaba, hambriento, se vestía su sotanilla y se presentaba al padre Salvatierra. Comía alguna cosa —no era fácil comer en aquellos lugares— y luego se iba a dormir a la sacristía, vestido. Al revés que los demás mortales, el acólito se vestía para acostarse en la misión.

Lo habían hecho monaguillo porque había aprendido el padrenuestro en español, que los niños aprenden pronto los idiomas.

Y así iban marchando indios, frailes y mineros, entre el azul claro del cielo y el azul verdoso del mar en aquella lengua de tierra tan grande como Italia y casi despoblada, entre el mar de Cortés —el mar Bermejo— y el Pacífico.

Los jesuitas fueron los que comenzaron las misiones en aquellos lugares, como dije. Algunos de ellos murieron a manos de los indios a quienes trataban de convencer en vano de que debían tener una mujer sola, cubrirse las vergüenzas, casarse con ella y mantener los hijos. Aquellos indios eran polígamos y no por apetito sexual sino porque explotaban a sus mujeres como esclavas. Cada indio tenía seis o siete esposas y todas trabajaban buscando comida para él. El indio pocas veces tenía relación sexual con ellas porque algunos preferían las venadas silvestres que abundaban en la serranía y otros —¡quién iba a pensarlo!— las toninas, hembras de los delfines, que se quedaban en la arena cuando bajaba la marea.

Si las mujeres trabajaban tanto para sus hombres era para hacerse merecedoras de sus favores —más merecedoras que la venada y la tonina. De los hijos no hacían caso. Había mujer que había tenido cinco y había arrojado cuatro al fondo de una barranquera donde se lo comían los zopilotes y conservado sólo uno y a ese lo enterraba en la arena dejándole la cabeza fuera cuando iba a cazar la comida para el padre. Y hubo casos en que el jesuita padre Salvatierra tropezó entre dos luces, según él mismo confiesa, con una de aquellas cabezas en la playa y al oír llorar al niño se detuvo, compasivo, y lo sacó y lo llevó a la misión.

Los indios mataron a algunos jesuitas, cruelmente. A los otros los echó el virrey español por el famoso decreto de Carlos III de acuerdo con el Papa disolviendo la Compañía de Jesús.

Poco después fue llegando la independencia para todos los países hispanoamericanos.

Los jesuitas se habían marchado, pero quedaron los franciscanos y llegaron los dominicos. Y la isla parecía ir

prosperando.

En 1845 la Baja California era todavía un lugar perdido en la geografía del planeta, aunque había habido y se conservaba algún comercio e industria más o menos incipientes. Pero para entonces, con la independencia de México ya establecida —precisamente por dos curas católicos— las órdenes religiosas comenzaban a andar de capa caída. Y poca gente conocía aún la existencia de la Baja California por haber estado en ella o conocer gente que hubiera estado. Nadie sabía nada de aquellos territorios sino los mexicanos de las poblaciones costeras del Pacífico y lo que sabían lo olvidaban fácilmente y tal vez deliberadamente. La Baja California no le interesaba a nadie.

La población indígena era muy escasa. En una extensión territorial tan grande como Italia no vivían más de diez mil o doce mil indios.

La tierra era pobre. El mar rico, pero no sabían o no querían explotarlo, por pereza. Las costumbres eran de un primitivismo anárquico que a Rousseau mismo le habría parecido nauseabundo. Todos en cueros —el clima no requería defensas— hombres y mujeres se juntaban a la buena del diablo allí donde se encontraban. El incesto y la homosexualidad estaban generalizados y nadie se extrañaba de nada ni acusaba a nadie. Lo único bueno era que nadie sentía celos de nadie. El adulterio era cosa de todos los días y no estaba mal visto. Los indios ofrecían sus mujeres a los extranjeros visitantes. No existían, pues, crímenes pasionales.

Carecían los indios de chozas y no tenían otro abrigo que algunos nidos parecidos a los de las grandes aves que se fabricaban entre los arbustos, a cubierto del viento nocturno del Pacífico que a veces era fresco. Cuando hablaban con los misioneros los indios les decían a todo que sí, repetían el padrenuestro en sus idiomas nativos aunque las traducciones eran sólo aproximadas porque no tenían palabras para «cielo» ni para «santidad» ni para «reino». Por

ejemplo, al cielo lo llamaban «tierra comba». Y después de oír los consejos de los frailes hacían como siempre lo que querían. Eran polígamos y las mujeres trabajaban para ellos, como dije. El que más mujeres tenía se sentía mejor servido y más cómodo. Sólo atendían los hombres a dos tareas: la digestión y el coito.

Es verdad que la tierra no era feraz ni rica y las mujeres podían prestar grandes servicios a sus hombres, además de los del sexo. Con frecuencia volvían de sus cacerías con una serpiente cascabel decapitada y siete u ocho arañas tarántulas vivas aún, además de dos o tres ratas. Esto lo daba la tierra fácilmente. Cazar un venado llevaba varios días y exigía habilidades y estrategias particulares.

A la serpiente cascabel le cortaban la cabeza y comían la carne cruda, que por cierto es bastante sabrosa y hoy mismo se vende en latas y no sólo en Méjico sino en los Estados Unidos. En cuanto a las tarántulas su mordedura no es venenosa ni da el baile de San Vito. Los indios las comían medio vivas. Las había grandes como la mano y en cuanto a las ratas al fin son roedores como el sabroso conejo y la liebre que se comen en Europa.

Así era la vida entre las tribus cochimíes o maquíes o las otras tres o cuarto que hablaban dialectos del pericoa, parecidos pero no iguales. Para entonces —1845— ya hablaban casi todos más o menos español, pero su naturaleza estaba tan viciada por falta del uso de la razón y por ausencia de valores morales que era difícil, a veces, entenderlos.

Era lo que repetía constantemente el capitán Urrea.

Este era un español que había conseguido quedarse allí después de la independencia porque nadie se preocupaba de lo que sucedía en aquella península. Era hombre que estaba entrando en años más que maduros y había nacido en Aragón cerca de Graus.

No se podía decir que hubiera tenido suerte.

Era el capitán Urrea segundón de casa aragonesa. La herencia le correspondía entera al hermano mayor, quien

estaba obligado por la ley a darle oficio o manera con qué mantenerse. Decidió el segundón renunciar a esos derechos por una cantidad y seguir al jesuita padre Arner, de Graus, en su viaje a Indias. El fraile le había dicho:

—Mira, hijo, que no todos levantan caudal en Indias. Unos hacen carrera y otros se descarrían.

Llegó el Padre Arner a proponerle que se hiciera jesuita lego, ya que no tenía afición a las letras, pero Urrea dijo que prefería ser soldado para bien o para mal y que no valía para fraile porque las faldas lo traían fascinado.

Recordando el cura que «fascinación» viene de falansterio y de *falo* le dejó libertad de determinación e incluso le ayudó en sus ambiciones militares más tarde, llevándolo a la Baja California con el cargo de jefe de la pequeña tropa. No era muy ambicioso Urrea ni muy inteligente. El aragonés del pueblo es un hombre sencillo que come pan, bebe vino y dice la verdad, pero pan no lo había en la Baja California. Sólo había tortillas de maíz indio, algunas veces, amasado por las manos no muy limpias de las indias y el vino tardaron mucho en producirlo los padres jesuitas con sus viñedos de Comondú. Sólo le quedaba a Urrea aquello de «decir la verdad». Pero en la Baja California y en aquel tiempo no se iba muy lejos con la verdad a secas.

Heinde, un tipo misterioso que hablaba varios idiomas, lo había comprendido desde el principio con sus doctrinas del hipnotismo que a Urrea le parecían cosa del diablo. Heinde decía que las había aprendido en Alemania. Urrea lo creía o no.

Pero nunca discutía con Heinde, que le inspiraba un respeto supersticioso, y no por haber salido del manicomio, como otros —en aquellos territorios hubo un manicomio—, sino por haber entrado en él sin otra causa que ir desnudo de cintura para abajo. Y no poder explicar sus orígenes. Unas veces decía que era español y otras alemán. Un día que se emborrachó declaró que había nacido en una cuna de reyes.

Urrea se preocupaba por el progreso de aquel país. Vivía en una choza con una mujer mestiza de indio, pero traída de tierra firme. La maltrataba y algunas noches se la oía llorar desde lejos. Es verdad que aquella mujer era un poco histérica.

La obsesión del capitán Urrea era que había que levantar un faro en una punta que entraba al sur del Malarrimo para evitar que los barcos fueran a dar en aquella trampa —así decía él— del demonio. Porque de noche no se veían los riscos a flor del agua y arrastrados por un buen viento de popa los navíos embestían contra los cantiles y se despedazaban sin remedio. Por eso llamaban a aquel lugar Malarrimo.

Los tripulantes en vano luchaban por salvarse entre las olas, porque había riscos agudos como puñales por todas partes y no pocos náufragos acababan desangrados. Algunos se daban cuenta de dónde se hallaban y en lugar de ir hacia tierra nadaban hacia afuera, hacia la mar y si no había resaca podían alejarse y desde allí buscar una pequeña playa que había más hacia el norte.

En aquellos casos algunos delfines habían ayudado a marineros que se declaraban vencidos por la extenuación y dispuesto a morir. Más de una vez una tonina, como decían los indios, salvó a un hombre arimándose a él y dejándole agarrarse a una aleta o al rabo. E incluso, a veces, al pico. Que los delfines lo tienen casi como el de los pájaros. Y reían, entretanto, las toninas como seres humanos, que luego lo contaban los náufragos en tierra y nadie les creía. Muchos misterios tiene el mar.

Insistía Urrea en el faro y hasta comenzaron las obras para levantar una torreta de piedra, pero los indios no acababan de aprender a picar los bloques y si aprendían se aburrían y se escapaban. Lo malo era que huyendo de aquella faena los cazaban los carabineros para llevarlos a las minas, en reata. Los doce soldados, con carabina, que mandaba Urrea y que eran todo el ejército de la Baja California.

Urrea no quería a su mujer y se enamoró de una niña que aparentaba no más de trece años, andaba en cueros con sólo una cortinilla de aljófares delante del sexo, se cimbreaba al caminar y a pesar de ser muy hermosa nadie la había violado todavía. Los indios solían «casarse» —por decirlo así— a los doce o trece años. Aquella niña que se llamaba Loreta, como la virgen de la primera misión que fundaron los jesuitas, era hija de una bruja a la que todo el mundo le tenía miedo.

Quizá esa era la razón de la virginidad de Loreta.

Son allí las mujeres muy desenvueltas y no hacen caso alguno de la autoridad del hombre, aunque como decía, le cuidan y alimentan. Quizá por eso mismo no le tienen respeto.

El capitán Urrea, que como dije no tenía más de doce hombre a su mando y estos en dos destacamentos a ocho leguas de distancia uno del otro, quiso averiguar algo más sobre Loreta, pero no por ella misma ya que suponía que no sacaría nada en limpio y fue a ver a un tío abuelo ya viejo, que aunque andaba en cueros se ponía un pantaloncillo de algodón sospechosamente sucio por todas partes. Esperaba Urrea que entre hombres se entenderían mejor.

Tenía Urrea miedo de la madre de Loreta y preguntó al viejo qué clase de poderes tenía la bruja, si era verdad que lo era. El viejo parecía ofendido por la duda y como tenía ganas de hablar porque son muy sociables los indios californios comenzó a querer explicarlo todo al mismo tiempo. Lo que sucedió fue que se enredaba con las palabras y que Urrea no acababa de enterarse:

—De mi sobrina la bruja poco hay que decir o mucho, según. Antaño la buscó para matrimoniar un español de mucho rango y cuando a él le dieron la risa eterna ella se volvió a casar con un hombre cochimí muy bien plantado y ese señor no era brujo y se hizo de esa señora porque... esto... No es que ella estuviera resistona, que ella tenía entendimiento fácil y hablaba los seis idiomas indios y podía

curar a una persona y matar a otra con una mirada y se iba con todos detrás de los chaparros y se revolcaba dos o tres veces cada día en las arenas, que ellos la montaban por miedo y así era llamada por todos y por mí también porque muchas veces se me dio, la Cooperativa, porque nosotros somos ya un poco modernos en el habla. Pues así la Cooperativa con todos tenía comercio, pero el mero jefe de los cochimíes ya se petatió también y ese era el que ella buscaba más a menudo y como ahí ve su mercé, de aquí a Loreto, la iglesia jesuita, hay un día y medio. ¡Ajá! Me tienes que dar de comer y ella lo cumple y con nadie se mete. No, señor. No. Y eso que es bruja, pero ¿sabe usted por qué se venga? Por las envidias en la agricultura, por las envidias del ganao o de la bestia. Que quieren tener y no pueden. Mucha mujer la Cooperativa. Pues de ahí viene la... hasta la demencia, aunque de distintas formas, claro. Quieren tener y lo que pasa. Por eso, mire usted, la primera brujería es que cuando persignan la comida, porque ella está enredada con uno u otro, como le dije a usted, no hay que hacer caso. Para la hierba, la contrahierba y todo arreglado. Porque ellos, todos esos que iban con ella a la playa de noche o de día, no creen en Dios. Tres veces persignan con ella la comida, pero creer no creen. Bueno, ahí tiene su mercé. Creen y no escuchan a nadie, incrédulos que son. Incrédulos todos. ¿No? Pero sin Dios, nadie. Porque Dios es quien todo lo puede y uno persigna la comida tres veces y así está bien dispuesto.

—Bueno, pero Loreta... ¿es hija del español?

—Creo que lo es.

—¿Y cuándo murió el español?

—Aquel... me dijeron que dio la estirada hace más de treinta años.

—Pero Loreta no tiene más de trece.

—De eso yo no quiero hablar, cuanti más que no sé contar. Ni debe hablar su mercé. Pues, como digo, se iba con su madre la bruja Cooperativa a buscar camarón. Y ha-

bía un compadre, que ese sí que tenía unos chamaquitos. Pero salieron todos a *vesitar* a otros compadres y ahí tiene usted que... no estaban en su chocita. Y le preguntan. Uno de aquellos era ahijado de la Cooperativa. Así es que usted comprenderá. La cosa se entiende sin necesidad de explicarla.

Aquel viejo no podía entender el interés de Urrea porque si alguien quiere hacerle el amor a una mujer joven o vieja, pues allí está y no hay más que cogérsela. Y había otras muchas. Pero Urrea quería sólo a Loreta y tenía miedo de la bruja, como todos los de la comarca, porque la Cooperativa celaba a su hija. Nadie sabía por qué, pero la celaba mucho y cosa rara en una mujer como aquella, que era la más dispuesta a encamarse con cualquiera. Y nadie se acercaba a Loreta. El capitán tenía miedo porque la Cooperativa no podía ver a los gachupas. Así llamaba a los españoles, aunque su primer marido había sido también uno del Aragón de la España, como decía el viejo.

Así es que el capitán Urrea, aunque tenía en la península más autoridad que nadie con sus doce soldados, no sabía qué hacer y planeaba el acercarse a la bruja y hablarle un día francamente. Pero antes esperaba una ocasión para ver a Loreta a solas y decirle algo. Nada nuevo, entre nosotros. Lo de siempre: «Que si la madre se come la serpiente, pero guarda la cabeza —decía el viejo—. Que si la cabeza sigue viviendo tantos años como días faltaban para que se cumpliera la luna nueva. Eso lo traían todos de la naturaleza de arriba y lo de ahora lo van aprendiendo. ¿Eh? Las mujeres que se tragan el bocado pero tiran de la cuerquita y cuando está bien mascado lo vuelven a sacar del estómago. Las mujeres saben unas maldades y tienen otras aprendidas de antes. Que están pasando mala vida, que tienen que guardar la cabeza de la culebra, porque esa cabeza sigue viva tantos años y cuantos más, que hay que dar de comer a las personas a quienes se quiere, un poco de la carne mascada que se sacan del estómago con la cuerquita. ¡Ay,